

LA RENUNCIA

Ésta es la historia de un hombre que sin saberlo fue su siglo y la de un lugar que se condensa aquí en un nombre propio: Germán Alcántara Carnero. Una historia de violencia incontenible y natural que exige ser contada como una biografía discontinua y que no debía empezar aquí: el 13 de mayo de 1956, minutos antes de que el sol se pose en el cenit y las mujeres corran las cortinas en sus casas, a la hora en que recogen las exiguas nopaleras a las sombras que arrastran como capas y las aves vuelan a esconderse entre las grietas de los muros encalados y en las ramas que hace poco renovaron su follaje, sentado en su oficina, una oficina desprovista de detalles, de cuidados y de lujos, Germán Alcántara Carnero, el primer y único hijo que tuvieron Félix Salvador Germán Alcántara Arreola y María del Pilar y del Consuelo Carnero Villalobos, atestigua la hora en que se encuentra como si ésta fuera el atlas de su vida: ha imaginado este momento tantas veces que no cree que haya llegado, que no cree que finalmente esté pasando.

Por fin acabo con todo esto, piensa Germán Alcántara Carnero y en su alma una docena de emociones aletean como aletea una parvada cuando se alza de la tierra. Ya era hora de que todo esto acabara, insiste este hombre al que encontramos hace apenas un momento y cuyas manos ahora trazan una línea imaginaria en su escritorio: en este lado está la vida que he llevado y en este otro la existencia que ahora empiezo... acá quedan el coraje, el odio y la tristeza y allá aguardan la esperanza y el consuelo. Sacudiendo la cabeza y aplaudiendo Ger-

mán Alcántara Carnero, a quien vamos a seguir durante toda esta historia, una historia que no habrá de acontecer continuamente pues es antes que una historia una vida y de una vida importan sólo los instantes deslumbrantes, borra la línea imaginaria que trazara en su escritorio y observando un pequeño brazo de hojalata se extravía en la dilatada perspectiva de una brecha que conduce hacia un jacal en cuya puerta hay dos mujeres que de pronto se deshacen: golpea una mosca el rostro de Germán Alcántara Carnero y el pequeño brazo de hojalata que conserva de los días de su infancia vuelve a ser sólo un objeto.

Borracha de calor, la mosca que sacó de su memoria a este hombre al que observamos traza una espiral en el espacio y se posa en un pesado armatoste que remata el escritorio por la izquierda: hace ya un montón de tiempo que las aspas de este gris ventilador que bajo el polvo fue amarillo no dan vueltas, hace ya un montón de tiempo que Germán Alcántara Carnero debería haberse deshecho de este objeto: no podía, sin embargo, deshacerse del regalo que le dio Anne Lucretius Ford el primer día que visitó esta oficina. En la memoria de este hombre, a quien también referiremos de esta forma: nuestro hombre, es decir: en la memoria de nuestro hombre el ventilador sucio y descompuesto echa a andar este recuerdo: da la vuelta nuestro hombre en el pasillo de allá abajo y levantando la cabeza ve a Anne Lucretius Ford subiendo la escalera, arrastrando la caja que contiene el aparato que él dejará hoy en este sitio. Tú no cabes en la vida que hoy empiezo, afirma Germán Alcántara Carnero observando las tres aspas oxidadas pero haciendo referencia en realidad a Anne Lucretius: ¡tú no cabes en la vida que hoy empiezo! Sacudiendo la cabeza nuevamente nuestro hombre convierte el ventilador en un ventilador y vuelve hasta el instante en el que estamos: no debo pensar en mi pasado... hoy sólo quiero imaginarme lo que sigue.

Porque hoy empiezo nuevamente, afirma nuestro hombre a voz en cuello y sin dejar quieta aún su cabeza insiste: no debo pensar en mi pasado... hoy no necesito recordarlo... hoy todo

empieza nuevamente. Cuando Germán Alcántara Carnero por fin deja quieto el cráneo ya se ha convencido de que Anne Lucretius Ford se ha marchado y de que no habrá otro recuerdo que abandone de repente su pasado y se entrometa en esta hora en la que se halla, en esta que es su hora más deseada. Una mosca diferente a la anterior, sin embargo, cruza enfrente de los ojos de nuestro hombre, que curioso como es sigue su vuelo y posa luego la mirada en el retrato de Teobaldo Pascua Gómez. Viendo la nariz del que un día fuera su jefe, sus dos pómulos rocosos, sus dos sienes macizas, sus cejas encrespadas, su cabellera deslucida, su quijada sin mentón y su mirada hueca y fría, nuestro hombre se consiente: hago muy bien en marcharme... si me quedo yo tendría la misma suerte... acabaría como acabaste esa mañana que subimos a la sierra a destruir aquella iglesia. Por suerte para el hombre que es nuestro hombre la mosca alza otra vez el vuelo y comprendiendo que empezaba nuevamente a recordar Germán Alcántara Carnero también alza los ojos del retrato de Teobaldo, aprieta luego en puño las dos manos y en voz baja se regaña: no debo pensar ya en nada de eso.

No debo pensar ya en nada de antes de este día... es éste el primer día de los días que me quedan, afirma nuestro hombre paseando sus dos ojos por la pared que tiene enfrente y viendo allí las cosas que hay colgadas: un par de cuerdas gruesas, tres cadenas, seis candados, un serrucho y varias herramientas de dentista, se sonríe por vez primera en varios meses y otra vez se dice, a las 12.33 del 13 de mayo de 1956, a la hora pues en la que el sol toma el cenit y el mundo es desprovisto de sus sombras: de ese lado queda la existencia que he llevado y de éste la que ahora mismo empieza... aquí quedan pues el odio, la tristeza y el coraje y aquí aguardan la esperanza y el consuelo... allá dejo a los seres que he privado de aire y acá a los seres que un día quizás insuflaré de aire. Alimentando su sonrisa, echando al mundo una sonora carcajada y azotando en su escritorio las dos manos, unas manos que conviene ahora anotar: son unas manos gigantescas y fibrosas, unas manos desmedidas que pa-

recen haber sido diseñadas para ahorcar o desgarrar o desmembrar, Germán Alcántara Carnero corta en dos el frío silencio suspendido en su oficina como corta en dos su vida la hora exacta en la que estamos: hoy comienza el tiempo en que seré yo quien decida... no seré ya únicamente el que he podido.

¡Qué emoción que haya llegado este momento... que sea cierta esta hora... que por fin me esté marchando... cruzaré esa puerta y dejaré aquí mi pasado!, suelta Germán Alcántara Carnero viendo ahora el picaporte color oro: voy en serio a olvidar todos los días que he vivido en este sitio... voy en serio a olvidar todas las cosas que han pasado en este sitio... no quiero estar después cargando con las culpas... no quiero estar después pensando en lo que hice... por qué lo hice... por qué hasta parecía que me gustaba... por qué no quise hacerlo de otro modo. Por suerte para el curso de esta historia, una historia que será mejor no asociar con esta idea: el curso, es decir: por suerte para los saltos de esta historia, aunque nuestro hombre cumpla con lo que ahora, sin dejar de ver el picaporte de la puerta, vuelve a prometerse, es decir: aunque consiga olvidar todas las horas anteriores a esta hora en la que estamos, aquí estoy yo para acordarme y remendar lo que haga falta: en mi poder están las hojas que un día escribió Germán Alcántara Carnero, los cinco testimonios que levanté entre sus muchachos, las noticias que en su día recorté yo de la prensa, las notas que tomé en su momento y el relato de los hechos que he debido imaginar para dar forma a esta historia: la historia de Germán Alcántara Carnero, de la región en que vivió y de la era que marcó a sangre y fuego, una historia que ya dije: no conviene asociar a esta palabra: curso, pues es antes que un continuo una galería de momentos.

Bajaré las escaleras y será la última vez que las baje... no quiero pensar de nuevo en nada de esto... en ninguna de las cosas que hice antes de este día, insiste nuestro hombre despegando su mirada del pequeño picaporte como despega un martirife el pellejo de las bestias y empujando atrás la silla en que se encuentra añade a voz en cuello: cruzaré después sin dete-

nerme el pasillo y el salón del ministerio... yo no quiero despedirme ni que me hagan una fiesta. Con los latidos agolpándose en su pecho y el espíritu colmado Germán Alcántara Carnero, un hombre tan flaco que dan ganas de tocarlo para ver si es posible atravesarlo, echa la silla en la que está aún más atrás y un instante antes de pararse grita, esperando que lo escuche algún chismoso: más les vale no tenerme una sorpresa... más les vale no haberme preparado nada extraño... fui muy claro cuando dije: ¡no organicen un festejo! Poniéndose de pie nuestro hombre deja que en sus labios aparezca nuevamente una sonrisa y pensando: tampoco pienso despedirme de estas cosas, gira el cuello y ve el mar de cosas que abarrotan su oficina: más que haber sido acomodadas parecerían haberse ido acumulando, apilando como se apilan las cosas que no se usan: dejaré aquí estas cosas... aunque quizá podría llevarme alguna... para qué querría un sillón desvencijado... podría servirme este archivero... para qué esta vidriería y este baúl descoyuntado... podría llevarme este reloj y esta cadena.

Me llevaré sólo las cosas importantes, se dice, tras pensarlo un momento, nuestro hombre, a quien también vamos a decirle a partir de ahora: Nuestrombre, es decir: me llevaré sólo las cosas importantes, se dice, tras pensarlo un segundo, Nuestrombre, que dando un paso para atrás inclina el cuerpo y alza una caja que ayer trajo a esta oficina: así que antes de hoy Nuestrombre había ya decidido irse de aquí llevándose una que otra cosa: sacarás sólo las cosas importantes. Sin pensar de nuevo cuáles cosas debería hoy llevarse Nuestrombre apura dentro de la caja que ha alzado del suelo un par de sobres, unas llaves anudadas con un lazo, el pañuelo que quitó a Camilo Mónico el Demónico Macías Osorio tras su muerte, el cinturón que Anne Lucretius Ford llevaba el día que cayó herida, la piedra que según él esconde un fósil dentro y el pequeño bulto en el que guarda su abalorio: la bala que hace ya casi doce años le partiera el esternón, le agujereara luego un bronquio y se incrustara en su omóplato derecho. Visiblemente emocionado Nuestrombre observa el bulto que ha metido dentro de la

caja, lo extrae luego con cuidado y colocándolo después en su escritorio piensa que éste es un buen momento para abrirlo: no lo ha abierto en varios años.

Con el bulto abierto como flor delante de él Germán Alcántara Carnero, este hombre que no cumple todavía sesenta años y que mide poco más de uno setenta pero anda tan erguido que aparenta ser más alto, este hombre en cuya boca la sonrisa se deforma de repente, extrae el proyectil que hace tiempo bañó en plata, lo sostiene entre los dedos índice y pulgar y viendo sus destellos se extravía en el recuerdo del instante en que fue herido: habían rodeado él y sus muchachos a unos hombres escondidos en la presa cuando dijo Nuestrombre: no se muevan de este sitio, desde aquí yo sigo solo. Aunque entiende que no debe continuar por el camino que ha tomado, Nuestrombre continúa recordando aquel día en que actuó de forma extraña: tras dejar quietos a sus hombres caminó hacia el arroyo y descubriéndose gritó a los cuatro vientos: salgan ahora de esa presa... que no ven que estoy aquí y que vengo solo... que aquí estoy yo esperando. Arrancando la mirada del destello color plata de su bala, sacudiendo la cabeza nuevamente y llevándose una mano al pecho Germán Alcántara Carnero entiende que otra vez ha tropezado con su historia: no debería quizá sacar de aquí ninguna cosa... no debería llevarme ni esta bala, añade ahuyentando así el recuerdo del instante en que fue herido, un instante que será también diseccionado en esta historia, la historia de los instantes que alumbran la existencia de Germán Alcántara Carnero, una vez que haya llegado su momento.

No me llevaré nada conmigo... aquí se queda mi pasado... aquí se queda esta existencia... renuncio a esta existencia para poder tener luego otra. Sacudiendo la cabeza nuevamente Germán Alcántara Carnero insiste: me iré vacío de aquí para empezar luego a llenarme... no me llevaré ninguna cosa ni sacaré de aquí ningún recuerdo. ¿Qué pasará entonces si olvidas el motivo de tu marcha... si olvidando todo olvidas qué te empuja hoy a marcharte... si olvidas pues por qué te has ido y

olvidando empezas a extrañar esta otra vida?, se pregunta entonces Nuestrombre y al instante se responde: debes recordar siempre los motivos de tu marcha... llevar siempre contigo el recuerdo de las cosas que te hicieron dejar hoy el ministerio... debes llevarte pues de aquí las cosas que recuerden el motivo de tu fuga: esta bala color plata, el pañuelo ensangrentado del Demónico Macías, el cinturón de tela que llevaba Anne Lucretius Ford a la hora de su muerte, que llevaba puesto en esa hora en que no la defendiste... esa hora en la que no supiste cómo defenderla. Un calambre, más bien: un fuerte espasmo estremece a Nuestrombre en el momento en que éste guarda su abalorio y vuelve a verse en su pasado.

Está Nuestrombre escondido en una zanja, su respiración yace agitada y sus latidos tratan de alcanzarse unos a otros, además su lengua es ahora un trapo y un par de sus dedos yacen atrapados en la herida ensangrentada que derrama el vientre de Anne Lucretius. Hablando en voz muy baja, podría decirse: casi murmurando, es decir: casi murmurando y acercando el rostro a la mujer que yace herida, Germán Alcántara Carnero asevera: no es tan grave como piensas... nada más no jales tanto aire... intenta respirar muy poco a poco. Doblando las rodillas pues no puede con su peso la mujer que estamos viendo cae al suelo y se contrae sobre la tierra apretando los dos párpados y abriendo luego los dos labios: no escuchamos, sin embargo, aunque habremos de escucharlo cuando esta historia esté en ese instante, lo que dice esta mujer pues Nuestrombre ha entendido de repente que aunque tiene que llevarse algún recuerdo no debe extraviarse en su follaje, aunque tiene que marcharse sacando de este sitio los motivos de su marcha no puede pensar en éstos ahora: voy a irme de este sitio... dejaré esta oficina para siempre. Metiendo adentro de su caja las dos cosas que faltaban: el tótem que robó a la familia Prieto Hernández la noche que cogieron a Ignacio del Sagrado Sandoval-Íñiguez Martínez y la moneda que conserva de los años que vivió en otra patria, Germán Alcántara Carnero asevera: así que así será también este marcharse.

Las cosas son las que han sido y no hay manera de que otra vez sean otras cosas cuando han sido ya de una manera, suelta Nuestrombre observando nuevamente el picaporte color oro de la puerta y al hacerlo, además de darse cuenta que lo dicho no tiene sentido, entiende que no puede ser ahora más certero ni tampoco más servil consigo mismo: así que así será también este momento... así que así también serán los años que ahora empiezan... vendrán estos recuerdos de repente... asomarán en mi presente cada tanto... por lo menos ya no llevaré encima la culpa... por lo menos cargaré ya solamente la vergüenza... habré hallado el perdón y el consuelo... me habré ido de este sitio. Levantando la cabeza y transformando en esperanza el miedo a su pasado Nuestrombre deja de mirar el picaporte de la puerta y también deja que sus ojos se extravíen por la oficina: qué más da que tenga para siempre que acordarme de esos días... que tenga para siempre que acordarme de todo eso... lo que importa es que me largo... que hoy me marchó para siempre. Sonriendo y dejando que la luz que ha asaltado su ventana, afuera el sol ha rebasado ya el centro del cielo, ilumine su mirada, Germán Alcántara Carnero grita: ¡lo que importa es que hoy me largo... que tendré una vida nueva... que me marchó para siempre!

¡Que qué más da por qué me marchó... lo que importa es que hoy me largo... que tendré una vida nueva!, insiste Nuestrombre al mismo tiempo que pasea entre sus manos la pequeña caja en la que guarda sus recuerdos. Por qué habría de detenerme en mi pasado si hoy comienza mi futuro, añade Germán Alcántara Carnero aniquilando los resabios que aún pudieran ensuciar la hora en que estamos y sobre la que volvemos a advertir: es el comienzo de esta historia aún a pesar de que esta historia no debía empezar aquí:

el 13 de mayo de 1956, a la hora en que el calor somete al mundo y a los seres que lo pueblan, mientras se aleja el sol del centro de su imperio y los insectos duermen en los sitios en los que antes se han posado, Germán Alcántara Carnero, a quien sus subalternos apodaron hace ya un montón de años como:

el Gringo, es decir: el Gringo Alcántara Carnero, tras dudar de sí y de los motivos de su marcha saca el péndulo que forman su pequeña bala y la cadena que robó un día a Ignacio del Sagrado Sandoval-Íñiguez Martínez, enreda en ésta el más pequeño de sus dedos y ve girar su abalorio.

Es esto lo que tengo que hacer ahora, suelta Nuestrombre y esta vez son sus palabras una fuerza incontrolable, un magma incandescente que le escurre entre los labios y que así también: mientras cae ardiendo de sus labios, sostiene: es esto y no otra cosa. La mano de Germán Alcántara Carnero, de la que cuelga el abalorio, se despliega ahora como midiendo una cuarta imaginaria y así alcanza con la punta de un dedo la vieja cicatriz que en forma de araña le adorna el esternón a Nuestrombre. En la oficina en la que estamos el calor replica ahora al de afuera: es un calor que tras pegarse a las cosas las exprime: el suelo emana el olor de la madera, apesta a cuero la chamarra en el respaldo de la silla y hiede el baúl de hierro a cosas muertas. Tras un par de segundos que podría decir, si no fuera inútil anotarlos: fueron lentos, es decir: tras un par de segundos que podrían quizás haber sido lentos, la bala que aún sigue oscilando bajo la mano izquierda de Germán Alcántara Carnero, que subiéndola ha alcanzado ya la altura de sus ojos, golpea el sitio que partió hace ya un montón de años y la piel de Nuestrombre tiembla en un escalofrío. Sobresaltado el Gringo Alcántara Carnero aleja de su cuerpo su abalorio y encorvándose sostiene: sabía que era hoy pero no que iba a pasar de esta manera.

En la boca de Nuestrombre, a quien también vamos a decirle en esta historia, su historia: el Gringo, es decir: en la boca del Gringo Alcántara Carnero, que prefiere este apodo pues le trae a la cabeza a un compañero que hace tiempo fue para él muy importante y de quien también vamos a hablar en su momento: Will David Glover, vuelve a posarse una sonrisa y en sus ojos vuelve a verse un brillo vivo, un brillo tan vivo como ese otro que ahora incendia en la ventana la fisura que de lado a lado cruza el vidrio. Más allá de la oficina en la que estamos

el sol castiga el altiplano: es la hora en la que estamos la peor hora del calor, cuando la luz es transparente y refulgen los metales como si adentro de éstos se escondieran varios focos. Instigado por los rayos que violentan la ventana y que le dicen que tendría que haberse ido ya de su oficina Nuestrombre exclama: tengo que pararme y acabar con lo empezado: ahora sí está a punto de dejar el trono de su reino, el imperio en que mandó casi treinta años de manera cruel y autoritaria. Enrollando su abalorio y guardándolo otra vez en su atado el Gringo Alcántara Carnero estira ambos brazos y ambas piernas, arquea luego la espalda y empuja nuevamente atrás la silla en la que se halla, chocando con el muro a sus espaldas y tirando una chincheta: la esquina izquierda del gran mapa que imita el territorio donde estamos se despega, rizándose después como pestaña.

De nuevo en pie Nuestrombre coge el Cristo de madera que robó, aunque prefiere él decir: raptó, es decir: de nuevo en pie Nuestrombre coge el Cristo tatemado que raptó en la iglesia que quemaron él y sus muchachos, incendio que contaré cuando esta iglesia vuelva a ser aquí nombrada, y lo guarda en la caja que está ahora casi llena: no sabe bien a bien por qué no quiere deshacerse de este ídolo que no es el suyo todavía pero habrá un día de serlo, un día al cual iremos juntos cuando sea hora de hacerlo y no sea esta hora en la que aguarda a Nuestrombre una ciudad cocida por el sol que aquí marchita el aire y seca hasta los pozos: la única agua que hay en este sitio viene de la presa que erigieron hace tiempo al otro lado de esta altísima meseta, una presa que surte a esta ciudad, a los seis pueblos y a las quince rancherías que conforman el imperio cuyo pequeño ministerio está hoy dejando el Gringo Alcántara Carnero, un imperio en el que viven 30.234 habitantes, todos los cuales son hijos y nietos y bisnietos del incesto, hombres y mujeres cuyas venas yacen rebosantes, en palabras de Nuestrombre, de coraje, asco, miedo, servilismo, odio y engaño, el mismo coraje, asco, miedo, servilismo, odio y engaño de los hombres que llegaron a afincarse aquí a lo

largo de los siglos y de los pocos naturales que han logrado perpetuarse.

Al inclinarse para alzar la otra caja que ayer trajo a esta oficina Nuestrombre nota que su espalda está empapada y enojado se reclama: no era hoy un buen día para ponerse camiseta, luego resopla con la lengua entre los labios y experimenta un súbito calambre encima de la marca que dejó en su pecho el disparo de Baldomero Díaz Cervantes. Con el tiempo ese calor que el primer día quemó mi pecho se ha apagado y ahora es este pinche frío helado que también quema mi pecho, piensa el Gringo Alcántara Carnero moviendo a un lado su silla y arrancando el mapa de su imperio, luego los recortes de los diarios que yacían también clavados sobre el muro y al final la foto de tres perros retozando que un día recortó de una revista: le recuerdan estos perros a los perros que él tuvo de niño y que se fueron junto a él el día que tuvo que escaparse de su casa: también iremos a este día cuando sea hora de hacerlo. Durante un par de segundos Germán Alcántara Carnero se extravía en el recuerdo de sus perros pero vuelve tras sentir de nuevo el frío espasmo de su pecho: es como poner un hielo en un anafre, le dijo al médico que un día le preguntó: ¿qué te ha traído a esta consulta? Nuestrombre observa en su memoria a este doctor venido de otras tierras y sonrío al acordarse de su acento, de sus raros aparatos y de la forma aún más extraña en que auscultaba su esternón y su omóplato derecho. Luego, caminando a la ventana, Nuestrombre piensa nuevamente en lo que importa: hace tiempo que era ya hora de esta hora... hace tiempo que debía haberme marchado.

En el imponente cielo herrumbroso que observa el Gringo Alcántara Carnero, un cielo que en esta época del año muestra un ligero tono ocre pues el polvo flota en las alturas, el sol se aleja un palmo de las doce y sobre el suelo han germinado ya las sombras. A través de la ventana y de la luz que baña el mundo Nuestrombre ve el comienzo de la plaza, algunas de sus fuentes, el kiosco que se alza en su centro, más

allá las copas de los árboles, después las torres de la iglesia y aún más lejos, rodeadas por cien techos, las tumbas del panteón desperdigadas por el monte: Germán Alcántara Carnero podría enunciar uno tras otro los nombres cincelados en las lápidas distantes pero no habrá de hacerlo, no volverá jamás a hacerlo, no enlistará más a las víctimas del odio, del coraje y de la furia equivocada que hasta hoy lo han gobernado. Me marcho porque ya tuve bastante, se dice Nuestrombre y a punto está de darse la vuelta, salir de aquí corriendo y convencerse de que está la libertad ante sus ojos: no imagina que un hombre puede irse de un lugar pero no puede marcharse de una historia, aún no sabe, no habrá de descubrirlo hasta pasados muchos años, que un hombre puede irse de su vida pero no puede escaparse de su sombra.

Es un pensamiento peculiar este que empuja a Nuestrombre a suponer que con el fin de sus años de trabajo en este sitio llegará el final del odio que lo hincha y que lo inflama y de las culpas que después de haber odiado lo desinflan y lo hielan, un extraño cálculo éste que lo lleva a pensar que el arrepentimiento tiene fin y que el consuelo podrá por él ser alcanzado mientras lo lleva al mismo tiempo hacia el borde del abismo y ahí lo mueve como mueve el viento a un ave que no piensa ni va nunca a pensar en las leyes de las ráfagas, las rachas y la calma. El abismo llama siempre al abismo, repetirá nuestro hombre varias veces el último día de su vida, el día en que termina nuestra historia, pero para esto falta todavía mucho tiempo y no es ahora lo importante. Como tampoco son ahora lo importante ni el pasado ni el futuro de Nuestrombre: lo que importa es el instante en el que estamos: todavía no son la furia ni la culpa ni los miedos ni tampoco el nacimiento de nuestro hombre ni la muerte de su padre ni los años que pasó extraviado en un ejército de pobres ni esos otros años que vivió en una patria extraña ni aún menos los años que seguirán a este instante en el que estamos los sucesos que ahora importan. Lo que importa en este instante es que Nuestrombre, finalmente y sin que algún otro recuerdo

se interponga, goza del instante que había estado anhelando y que es también como comienza nuestra historia:

el 13 de mayo de 1956, parado ante la única ventana que hay en su oficina, el Gringo Alcántara Carnero, levantando el brazo izquierdo y tirando con la mano del cordón que está a su lado, deja caer de golpe la persiana y una densa oscuridad se adueña del espacio en el que estamos.

Lo que era un mar entero de destellos es de golpe el interior de un mausoleo, una ciénega atrapada en un cuarto de concreto en el que el Gringo Alcántara Carnero no precisa de mirar para moverse: conoce bien el sitio y los rincones de este espacio que es más bien mediano, este espacio en que a los muebles apilados suman dejadez el escritorio rayoneado por encima e invadido por abajo de los mocos de Nuestrombre y la silla rota a la que ahora Nuestrombre le arrebató la chamarra que hace años le quitara al primer hombre al que mató de inanición en el baúl de hierro que apesta a animal muerto. No soy yo el que los mata, es el tiempo el que los mata, decía siempre el Gringo Alcántara Carnero y riéndose abría la tapa del baúl que al cerrar decía en cambio: a ver dile a tu Dios que venga y que te saque... que se apersona y te haga el milagrito... a ver dile que rompa mis candados. Pero de esto no es tampoco ahora momento de hablar pues ahora sólo importa que Nuestrombre ya ha doblado su chamarra y se la ha llevado al antebrazo con un cuidado que resulta en él extraño, que ha girado luego el cuerpo, que ha empezado a andar hacia la puerta y que atraviesa ahora el vano, dejando tras de sí abierta su oficina.

Con paso decidido el Gringo Alcántara avanza en el pasillo en el que un par de basureros se desbordan y un corcho escupe las efigies en blanco y negro de los hombres que escaparon a su rabia: desde hoy que para mí éstos ya no existen, se juramenta Nuestrombre al entrar en la escalera que lo deja un piso más abajo, donde su aparición desgrana las miradas que atestiguan su marcharse. Desde hoy que no me alcanzan, se repite extraño ante el vacío que decirlo le produce: des-

de hoy que no me cuentan, es como si algo se saliera de su cuerpo, como si otra vez fuera a alzar el vuelo: desde hoy que no son nada, como si al dejarlo el aliento de la ira que ahora finge abandonarlo le quitara peso a su existencia, como si el consuelo estuviera ahora aguardándolo en la calle. Poco antes de entrar en la última sección del ministerio, donde Nuestrombre empezó a trabajar poco después de regresar a este altiplano tras huir de esa otra patria a la que fue con el Demónico Macías y de la cual volvió también con Anne Lucretius y Will David Glover, una huida que tendrá su propio instante en nuestra historia, su sonrisa se deforma hasta ser un gesto de alegría contenida, la alegría reservada y comedida que desde hace un par de horas lucha por hacerse de su alma: no pensé que este momento fuera a ser como irme levitando.

Fingiendo una sed que no padece el Gringo Alcántara Carnero se sirve un poco de agua en un cono de papel con el que luego no sabe qué hacer y hace una bola que se mete en un bolsillo: quiere prolongar lo más que pueda el instante de su marcha y el placer que irse le entrega: en serio cree que está el consuelo esperándolo en la calle. Las gotas de agua que el papel derrama en su bolsillo se filtran y se persiguen a lo largo de la pierna de Nuestrombre, que a un par de pasos del salón del ministerio oye estallar la ovación de los que estaban aguardando: chifla Will David Glover con dos dedos en la boca, gime Óscar el Chino López Ley cuando ve que la Madrina está gritando, aporrea José Ángel el Cerebro Ordóñez Sánchez el basurero que utiliza de tambor, Ramiro la Madrina López Palas lanza al aire los papeles que pasó media mañana recortando y las gemelas Pascua de Ramones: Ausencia y Amparo, piden al resto de los presentes que no cejen los aplausos. En el corazón de Germán Alcántara Carnero bullen los restos que aún le quedan de coraje cuando entra en el salón donde estallaran sus muchachos, había dicho: no quiero bullicios, había ordenado: no hagan una fiesta. No van a arruinarme este instante... no son cosa suficiente..., piensa Nuestrombre apurando el paso, murmurando: aceptar honores es deberlos, y

cerrando los dos ojos: hasta al reino de las sombras al que huye viajan sin embargo las efigies descompuestas de los hombres y mujeres que servían hasta hoy bajo las órdenes del Gringo Alcántara Carnero.

Ni siquiera hoy pudieron hacer bien lo que debían, grita Nuestrombre sin posar en nadie la mirada: ¿no les dije: saben que no quiero homenajes?, pregunta usando el mismo tono de antes, alzando los dos hombros y abriendo en cruz los brazos. La culpa es mía por pensar que entenderían, añade colocando ahora en jarra ambos brazos y apurando el ritmo de sus piernas grita: y eso que me habían ya dado muestras suficientes de que no entendían nada... de que nunca iba ninguno a entender nada... a ver qué hacen ahora que me vaya, que ya no sea su jefe. A un par de metros de la puerta que separa de la calle el interior del ministerio Germán Alcántara Carnero calla y calma su frenético andar pero pasado apenas un segundo, en el que gira teatralmente para ver, uno tras otro, a los que observan su marcharse, pone a andar su lengua nuevamente: a ver qué hacen ahora que ya no esté yo de jefe... cuando no esté aquí para decirles qué hacer y cómo hacerlo. Sobre el pelo y los hombros de Nuestrombre brillan varios hilos de oro líquido y ardiente: el sol que incendia afuera el mundo es aquí adentro una madeja de hilos que atraviesan el antiguo tragaluz que reventó y fue mal tapiado tras el fuerte terremoto del 21 de febrero de 1946, un día que, a diferencia de los días que aquí han sido anotados y que serán disecionados en las páginas siguientes de esta historia, no alumbró la existencia de Nuestrombre y no será aquí desentrañado.

En serio no sé yo qué van a hacer cuando les falte... cuando cruce yo esa puerta y no regrese nunca más a este edificio, se pregunta el Gringo Alcántara Carnero en silencio y llevándose una mano a la cintura se responde: por suerte a mí no me interesa... desde hoy que sólo es cosa suya. Con el dedo gordo que pegó hace apenas un momento a la araña de su pecho Nuestrombre afloja la correa que remendó a su cinturón y tocando el frío que ha empuñado tantas veces asevera: no

creo que ninguno vaya a abalanzarse... ninguno tiene el coraje suficiente. Sin prisa pero tampoco lentamente, Germán Alcántara Carnero saca la gastada empuñadura, el martillo y el gatillo, el tambor y la barriga: no creo ni que vayan a atreverse a levantarla... a cogerla estando yo aquí enfrente. Cuando el cañón acaba de asomarse Nuestrombre hace con su brazo una onda y su arma cruza el aire al mismo tiempo que el silencio se hincha como un globo y así estalla cuando azota en una silla, se desliza unos centímetros, escurre sobre el borde y cae pesada sobre el suelo. Arriba hay un montón de cosas... a ver si ésas sí les dan para moverse, suelta el Gringo Alcántara Carnero a voz en cuello: para atreverse a dar un paso, añade atestiguando el pasmo de los seres que al oírlo alzan del arma la mirada.

En mi oficina están también la rabia y el coraje... al que los quiera allí están junto a la culpa, asevera enigmático Nuestrombre dándose la vuelta y acercándose a la puerta, donde se aferra al pesado picaporte de metal como un náufrago se aferra a la tierra: allí arriba también dejo la vergüenza que ninguno de ustedes va a sentir ni va tampoco a comprender aunque se esfuerce muchos años. El Gringo Alcántara Carnero quita el seguro a la puerta y al oír el clic de los metales jala el picaporte con sus manos desmedidas: al abrirse la rendija que muy pronto es un rectángulo de luz se escucha el chirriar de cuatro goznes oxidados: ¿en serio crees que aquí dejas todo eso, que aquí se quedan el coraje, el odio y la vergüenza, que eres capaz de liberarte? Por desgracia para el hombre que es nuestro hombre y para la historia que será en adelante nuestra historia los oídos no pueden cerrarse como se cierran los ojos y la boca: Nuestrombre entra al rectángulo de luz que lo convierte en su silueta: no sé si aquí se queda pero sé que yo me marchó y que haré lo que haga falta para empezar ahora a ser otro, se responde Germán Alcántara Carnero poniendo fin así al instante que había estado aguardando tanto tiempo, el instante con que empieza nuestra historia, una historia que sin embargo no debió empezar aquí.